



Las Pasiones Muertas

No se cansa el ojo de ver, ni el oído de oír.

(Kempis)

Desde el día que nacemos, caminamos hacia el ocaso. Los días van pasando insensibles, anónimos, a veces con un silencio aterrador, como una persona que camina a nuestro lado sin preocuparse de nosotros para nada.

Pero no es así. Dice el libro santo: "Bástale a cada día su afán" y esta sensación de que hay días que parece que todo nos ha abandonado, va creando en nosotros, a trancas y barrancas, la personalidad, que es nuestra manera de ser y de sentir. Nos vamos haciendo jóvenes sobre nuestras vivencias infantiles; nos hacemos mayores sirviéndonos de nuestra juventud, esa época dorada de la vida, donde todo parece surgir de esa mano mágica de la naturaleza, que todo lo ofrece en un desprendimiento que a primera vista parece desinteresado. Y digo que parece desinteresado, porque la naturaleza no da nada sin presentarnos factura. Cuando abusamos de la salud, -ser jóvenes es poderlo casi todo- esa sabiduría nebulosa de la vida, en saber hacer, que no es otra cosa que el saber comportarse, nos va dejando unos posos incoloros que contribuyen al nacimiento de nuestras pasiones. El hombre viene al mundo lleno de pureza, a pesar de los genes de los que ahora tanto se habla, pero este caminar por la vida, -su vida- va haciéndose dueño de unos hábitos que forman su carácter de hombre. Y de esta formación depende su libertad. Las pasiones, son pues, un abuso de los actos comunes, una trampa en la que estamos cayendo aún a sabiendas de que nos estamos haciendo daño.

Pero no nos equivoquemos, la libertad del hombre no es hacer lo que a uno le viene en gana, sino la de dominar ese instinto, siempre proclive a salirse de madre y anegar todo, sin ningún miramiento moral.

Repito que desde que nacemos caminamos hacia la extinción en el sentido peyorativo de lo que enten-

demos por la nada, al margen de cualquier idea religiosa. Este sentimiento, este movimiento físico del hombre, realizado de plano por nuestro instinto natural de supervivencia, va creando en nosotros un estado insolidario hacia nosotros mismos que nos impulsa hacia el "anda y no bebas" como emblema y bandera de nuestra vida.

Ahí es donde nuestros instintos se van llenando de miasmas hasta que degeneran en pasión. Y esos afanes, -la supervivencia, la noble ambición de la mejora social, el instinto sexual, uno de los más transgredidos, dominan al hombre,- y mujer, claro- en su paso por la tierra, creando esos conflictos personales que le estallan en pleno rostro... Y ese instinto, todavía embrionario, que le hacia cosquillas sobre su piel de efebo, con el tiempo se ha convertido en un zarpazo que ha hecho que aparezca el felino que todos llevamos dentro. El cachorro se ha convertido en tigre y ahora estamos a merced de él.

Por abuso de poder de la materia sobre el espíritu, esta lucha sor da que el hombre mantiene a cada momento; porque el hombre se siente rey y señor de sus actos, su vida se va llenando de pasiones. Y aquí viene el problema: los instintos con cierta violencia personal, pueden dominarse. Las pasiones no, ellas van a su aire y caiga quien caiga, buscan su acomodo.

En esta situación, el adulto, dueño de sus actos en cuanto a responsabilidad moral de los mismos, se ve asaltado, de forma intrínseca, por todo lo que ha ido adquiriendo en el gran mercado de la vida -alcohol, droga, sexo, rechazo, ateísmo- y ya si quiere como si no quiere, tendrá que caminar vapuleado por ese lastre, en el que el alma, heri-

da de muerte, ha dejado de sufrir hasta el ataque del miedo.

En el transcurso de los días, cuando el hombre empieza a morir a trozos, las pasiones, que también pierden mucho de sus "derechos" parece que quieren abandonarle, pero no hacen sino agazaparse y muchas de nuestras malas inclinaciones nos acompañan hasta el borde de la tumba. Pero el instinto sexual y la ambición, son dos especies que sobreviven y los entierran con nosotros. Justo es reconocer que mueven las entrañas de la tierra para mejorar la especie.

Ya tenemos al hombre "acabado", muchas de sus pasiones han "muerto", y otras quedan como un suave recuerdo, a veces doloroso, de lo que fue su trayectoria.

En esta situación, el hombre va a asistir a sus "exequias", va a ser el incinerador de sus propias debilidades. Pero no todo está perdido, si dentro de toda esta baraúnda de acontecimientos está Dios. Porque entre el pecado y la muerte siempre está Dios esperando que en el último minuto, las almas de los que nunca le hicieron caso, se vuelva hacia El.

Soneto

Yo quisiera vestirme la blancura
de la tarde estival de tu verano,
quisiera ser los dedos de la mano
que recorre tu boca y tu cintura

Quisiera que la tarde y su hermosura
me llevara hasta ti como vilano,
para beber en tierra de secano,
las aguas de tu fuente en su frescura,

Si me llamas iré como dormido,
mientras doblo la espiga del sembrado,
de vientre blanco y corazón molido.

Y en la noche de estrellas sin sonido,
me sentiré tu amante condenado
a morir en tus brazos redimido

Antonio Iniesta.